




La utopía reaccionaria de José Pemartín y Sanjuán (1888-1954)

Una historia genética
de la derecha española

ÁLVARO CASTRO SÁNCHEZ

mHA
MONOGRAFÍAS
Historia y Arte

Editorial  UCA



Índice

LISTA DE ACRÓNIMOS	13
PRÓLOGO La inquietante lucidez de un «filósofo señorito», por Francisco Vázquez García	15
NOTA DEL AUTOR	21
INTRODUCCIÓN	23
1 Pemartín como objeto de estudio	23
2 Método	29
CAPÍTULO I La gestación de un ideólogo nacional-católico	35
1 Ideología y utopía	35
2 Un señorito andaluz	38
3 Pemartín y Unión Patriótica	42
3.1 La Guerra Civil europea y la dictadura de Primo de Rivera	42
3.2 Pemartín upeísta	46
4 Un intelectual orgánico contra la «vieja política»	49
4.1 El subcampo intelectual de la derecha	49
4.2 La Unión Patriótica y la modernización reaccionaria	54

CAPÍTULO II La crisis de la razón moderna y la legitimación de una dictadura	61
1 Crisis de la razón, crisis de la modernidad	61
2 Bergsonismo y nacionalismo reaccionario	65
3 La gestación upeísta del metarrelato nacional-católico	70
4 Esbozando un fascismo católico	75
4.1 Contra la deliberación democrática	76
4.2 Una sociedad de orden	79
4.3 La conspiración judeo-masónica	81
CAPÍTULO III José Pemartín en el espacio contrarrevolucionario de la derecha española. Los años de la Segunda República	85
1 Nuevos rumbos	85
2 El «filósofo de Chipiona» en la Sevilla de la república	87
3 Acción Española	92
4 Pemartín y las derechas	97
5 España como pensamiento	100
6 Los textos filosóficos de Pemartín en AE	104
CAPÍTULO IV Guerra Civil y fascismo intensivo	109
1 Metástasis de la sinrazón	109
2 Pemartín y el 18 de julio	110
2.1 La desobediencia a la república	111
2.2 Hacia el alzamiento	114
3 El sentido de la guerra	116
3.1 Las familias políticas del bando rebelde	117
3.2 Censura contra censura: el contexto de publicación de Qué es «lo nuevo»	120

4	Qué era «lo nuevo»	124
4.1	La dirección intelectual de una guerra	124
4.2	Heidegger en las trincheras. Una legitimación filosófica del golpe rebelde	127
a)	Lo nuevo banal	129
b)	Lo nuevo primordial	130
c)	Lo nuevo racional	132
CAPÍTULO V José Pemartín y el monarquismo antifranquista de posguerra		137
1	La diferencia monárquica	137
2	La depuración de la enseñanza republicana	138
3	Un monárquico tradicionalista en la posguerra	142
3.1	El King maker se queda	144
3.2	El modelo británico y la hora católica	147
3.3	Un plan para derrocar a Franco	150
4	Pemartín y la filosofía de los años cuarenta	153
4.1	¿Un erial?	153
4.2	Ciencia y filosofía	158
CAPÍTULO VI La reinención nacional-católica		161
1	Los últimos años	161
2	La deshumanización de la ciencia y la crítica a la sociedad de consumo	163
3	Una inflexión en el nacional-catolicismo	167
3.1	Orteguianos y antiorteguianos	170
3.2	España y sus problemas	173
4	Maeztu y la obra del Señor	177
EPÍLOGO		187

1 De la creencia nacional-católica	187
2 Cambios y permanencias en la nueva derecha	193
FUENTES BIBLIOGRÁFICAS	199
1 Bibliografía de José Pemartín	199
2 Bibliografía general	203



Prólogo

La inquietante lucidez de un «filósofo señorito»

En el año 2003, la revista *Archipiélago*, hoy extinta, publicó un monográfico sobre lo que denominó «La inquietante lucidez del pensamiento reaccionario». En la presentación del número se explicaba el significado de ese título. Autores como Donoso Cortés, Joseph de Maistre, Jünger, Heidegger o Carl Schmitt, todos ellos críticos de la democracia y de la Ilustración, «iluminan vivamente los últimos siglos de historia». Revelan, con una luz oscura, la vulnerabilidad de lo que consideramos como conquistas irrenunciables de la razón: el progreso científico y tecnológico, los derechos humanos, las instituciones democráticas, la aspiración a una comunidad fraterna de ciudadanos libres e iguales. Esos autores, por tanto, suponen un desafío para nuestra racionalidad, la ponen a prueba y muestran sus fisuras en un presente especialmente marcado por el retorno del autoritarismo populista y la proclamación de la «posverdad» como último horizonte del debate político. El «estilo Trump» y su apelación a las emociones por encima de los hechos, ¿está tan lejos de la profesión de fe relativista e irracionalista que —como recordaba Antoni Domènech, recientemente fallecido— hacía Mussolini en la década de 1920?

En esa pista de reflexión acerca del tiempo presente y de la fragilidad de nuestros universales morales y políticos, se sitúa la incursión de Álvaro Castro en el pensamiento de José Pemartín. La reconstrucción de la trayectoria seguida por este intelectual reaccionario andaluz constituye una excelente guía para recomponer los distintos matices de la paleta que conformaba la extrema derecha de su época. Pemartín, por otra parte, representa un caso excepcional, pues en él vienen a yuxtaponerse dos perfiles aparentemente contradictorios entre sí. El oxímoron del señorito y del filósofo es un lugar común que aparece sugerido en obras señeras coetáneas, como *La Rebelión de las masas* (1929) y *Juan de Mairena* (1936). El «señorito satisfecho» evocado en el primero es lo que Deleuze y Guattari de-

signaron como «personaje conceptual», análogo a los sofistas que pululan en los diálogos platónicos; funciona como contrarréplica del auténtico pensador. Es un prototipo de «hombre masa», un conformista que cree merecerlo todo, incapaz de cuestionarse sus propios prejuicios, arrastrado por la mediocridad de las opiniones en curso. En el caso de Antonio Machado, el «señoritismo», más que un rasgo de clase, designa un *ethos* que puede estar presente en cualquier categoría social. Implica el sentido insolidario de la propia superioridad sobre los demás y una relación superficial con la cultura, afrontada como mero exorno. Se contrapone a la profundidad de la sabiduría popular para la que «nadie es más que nadie». De ese saber popular brota el auténtico poeta que, a diferencia del señorito, no se limita a «componer versos», sino que presupone una metafísica implícita y es capaz de exponerla en «conceptos claros».

El personaje del «señorito» desempeña por tanto un papel polémico y puede ser visto como la sublimación conceptual de una realidad social experimentada por intelectuales como Ortega y Machado en la España de su tiempo: el conflicto entre el capital cultural y el capital económico como principio jerarquizador y recurso distintivo de las fracciones dominantes. Pues bien, en el caso de José Pemartín, no ajeno a ese «*pathos* de la distancia» denunciado por Machado, la pertenencia al estrato de los grandes terratenientes e industriales andaluces, la clase cuyo estilo de vida encarnaba el «señoritismo» por excelencia, coincidía con una esmerada educación. Esta le permitió incorporar desde muy joven un vasto y variado capital cultural, combinando el conocimiento de lenguas y literaturas extranjeras con una sólida formación técnica, científica y filosófica. Esta riqueza en recursos culturales legítimos se expresaba, por otro lado, en un menosprecio por aquellos miembros de su propia élite social, desprovistos de inquietudes intelectuales, y dedicados en exclusiva a vivir de sus rentas.

Como bien explica Álvaro Castro, esta inversión familiar en la educación de los hijos –José y su hermano Julián– era en cierto modo una estrategia que compensaba el declive económico sufrido por el negocio bodeguero de los Pemartín a finales del siglo XIX. Se trataba de evitar un cierto desclasamiento, dejando de ser parte de la fracción dominante de la clase dominante, ganando en el terreno político lo que se perdía en poderío económico. La posesión de un capital cultural amplio, diversificado y de alcance internacional, ayudaba a adquirir prestigio en el ámbito de la política nacional y le permitía a la familia hacer valer sus intereses a nivel del Estado.

Esa acumulación primitiva de capital cultural en París y en Londres, unida a la extensa red de contactos familiares –no hay que olvidar, como señala Álvaro Castro, el parentesco de los Pemán, los Primo de Rivera y los Pemartín– en los círculos de la aristocracia y la burguesía conservadora, le posibilitó a Pemartín desempeñar un importante papel en tres mundos sociales diferentes, y en el

periodo que va desde la dictadura primorriverista hasta su fallecimiento en las vísperas del franquismo desarrollista. Por una parte, su inserción en el campo político, desde la militancia en la Unión Patriótica de Primo hasta la inclusión en el consejo de don Juan de Borbón, pasando por las actividades conspirativas dentro de Acción Española durante la república o los servicios prestados como alto cargo del Ministerio de Educación durante la guerra y la posguerra.

En segundo lugar, hay que mencionar el protagonismo de Pemartín en el campo intelectual, como ideólogo de la derecha tradicionalista, próximo a Ramiro de Maeztu, tratando de combinar la herencia del menéndezpelayismo con la importación del autoritarismo maurrasiano o del fascismo, compatibilizando la defensa de la modernización tecnológica y económica con la defensa del catolicismo tridentino e imperial. Por último, hay que señalar su presencia en el campo filosófico español, ocupando una posición singular al armonizar el tomismo con las revoluciones de la física posnewtoniana, y a Ortega con el vitalismo bergsoniano y la neoescolástica de Lovaina.

El punto donde se cruzan estas diferentes singladuras lo constituye una «ontología política» perfilada a través de un diagnóstico del presente. La cuestión afrontada por Pemartín y que da sentido al triple recorrido por la política, la controversia ideológica y la reflexión filosófica, concierne a la crisis de la modernidad. Es el mismo asunto afrontado en su tiempo por Husserl, por Weber, por la escuela de Frankfurt o por la epistemología histórica francesa. ¿En qué medida la modernidad ilustrada trajo consigo el triunfo de una civilización dominada por el intelectualismo y el objetivismo positivista, que aniquilaba la cuestión del sentido y la posibilidad de una fundamentación última del mismo? ¿Hasta qué punto la crisis de la física clásica, la eclosión de los vitalismos e irracionalismos finiseculares, la quiebra del realismo artístico y el hundimiento del parlamentarismo liberal auguraban el fin de esa civilización?

Pemartín respondió a este desafío levantando acta de defunción de la modernidad ilustrada. En el terreno ideológico y político, esta había conducido a la destrucción de la cohesión social. El individualismo liberal de raíz burguesa eliminaba la integración orgánica y jerárquica de la sociedad estamental, dando lugar al corrosivo igualitarismo democrático que acababa desembocando en el bolchevismo. La utopía revolucionaria, subproducto de las Luces, alimentaba la ilusión de una convivencia armónica, resultado de aplicar los esquemas apriorísticos de la razón a la organización de la realidad social. Bergson y Ortega enseñaban la futilidad de esta pretensión inherente al idealismo. La solución alentada por Pemartín, consistía en restaurar el holismo jerárquico y corporativo del mundo premoderno, tal como lo exhibían los reinos hispánicos durante la dinastía hagsbúrgica. La tradición católica, cuya expresión teórica era la filosofía aristotélico-tomista, hacía valer el primado de la realidad sobre las categorías de

la razón y la irreductibilidad, frente a la herencia cartesiana, de la cualidad a la cantidad. En esta deriva, aquella tradición venía a coincidir con los hallazgos de la física cuántica y ondulatoria. Por otro lado, el pensamiento político ligado al catolicismo postulaba la existencia de un orden de fines providencial y trascendente, al que debía someterse la acción del Estado.

Este retorno a la premodernidad, no muy distante del recientemente defendido por Benedicto XVI en su disputa con Habermas, implicaba el rechazo del inmanentismo democrático e igualitario. Esto ofrecía la posibilidad, aprovechada por Pemartín, de una apertura a las corrientes del autoritarismo moderno, representado por Maurras o por el fascismo. Pero al mismo tiempo, vedaba la alternativa de una teología política que, al estilo de Carl Schmitt o de sus prosélitos falangistas, pretendiera la sacralización del Estado. Aquí se dibuja la alternativa que Pemartín trataba de elaborar durante su largo recorrido dentro de Acción Española: un fascismo católico. El fascismo suministraba los medios, los instrumentos idóneos para organizar el aparato estatal, pero este debía quedar siempre subordinado a los fines prescritos por el catolicismo tradicional, tal como lo encarnaba el legado menéndezpelayista. La ley humana, el artificio estatal, se sometía a un orden previo incrustado en la realidad y fijado por la ley divina.

Esa misma relación de medios y fines funcionaba en Pemartín a la hora de abordar las conquistas tecnocientíficas del mundo moderno. No era posible postular un regreso al Antiguo Régimen, condenando el progreso tecnológico y el desarrollo capitalista. El derechismo de Pemartín está aquí muy lejos del carlismo más vetusto o de posiciones como la defendida entonces por el Cardenal Segura. El filósofo jerezano promovía en cambio el maridaje entre una defensa de la razón instrumental, inherente a los avances de la técnica y del capitalismo, y su subordinación a unos contenidos y unos fines morales marcados por los valores del catolicismo tridentino: una vida gobernada por el ideal del caballero cristiano y por la familia tradicional, entrelazada por una misma fe. Este cuadro ideológico forjado por Pemartín y por otros intelectuales ligados a Acción Española, conocerá un futuro prometedor. El grupo de Arbor, nucleado en torno a Calvo Serer, la cosmovisión de los tecnócratas del Opus Dei durante el tardofranquismo o la concepción neoconservadora de una parte del Partido Popular actual se nutren de ese discurso.

El lector podrá encontrar en el trabajo de Álvaro Castro una magistral reconstrucción de la génesis de ese proyecto. Su interpretación rebasa con mucho las escasas lecturas, algunas de signo revisionista, que se han ocupado de desentrañar la obra de Pemartín. En lo que concierne a las fuentes, su investigación no se limita a los libros publicados por el jerezano, ni siquiera a su abundante producción periodística. A través de un pormenorizado análisis de las redes intelectuales en las que el protagonista se encontraba involucrado, el autor ha consultado un

extensísimo material documental, incluyendo testimonios orales y fuentes inéditas extraídas de archivos públicos y privados. Esto le ha permitido, por ejemplo, descubrir la implicación de Pemartín durante la posguerra en el grupo de los donjuanistas, su desprecio por la figura de Franco y su tardía admiración por la monarquía británica. Pero esto no significa, en ningún caso, una tentativa para rehabilitar la figura de Pemartín. Se trata, en cambio, de acercarse al asunto *sine ira et studio*, evitando el anacronismo retrospectivo. Por eso, al mismo tiempo que se subraya la conexión de Pemartín con las corrientes de la modernidad filosófica europea de su tiempo, se toma nota de su protagonismo en la depuración franquista del profesorado desafecto.

Esta capacidad para mantener a buen recaudo las pulsiones complacientes o condenatorias, se debe en buena medida a la metodología inspiradora del libro. Este se aleja tanto de la evocación biográfica, siempre proclive a la ilusión teleológica, como de la crítica de las ideologías, al estilo de Lukàcs. En efecto, el campo filosófico no se ve como un mero reflejo de las opciones adoptadas en el terreno político, expresión, a su vez, de los intereses de clase. La producción de filosofemas tiene siempre una condición estrábica, como señaló Bourdieu, pero conserva una autonomía relativa respecto al campo político, porque lo que se juega en él es un tipo específico de capital simbólico.

El caso de Pemartín es por ello un perfecto ejemplo de algo señalado por Moreno Pestaña en su libro *La norma de la filosofía* (2013). Aunque la muerte, el exilio y las purgas consecutivas a la Guerra Civil dejaron su impronta sobre la producción filosófica española, esta no agotó sin más su veta creativa tras la contienda. La herencia brillante de la escuela de Madrid continuó en obras como *Naturaleza, historia, Dios* (1945) de Zubiri, en los textos del último Ortega o en controversias como la suscitada entre Marías y Laín en relación con el problema de las generaciones. Ahí se inscribe también el trabajo filosófico de Pemartín, empeñado como Zubiri o García Bacca en la reflexión sobre las revoluciones de la física contemporánea, en un diálogo con la modernidad no muy distanciado del que protagonizaron en medios francófonos, la escuela de Lovaina, liderada por el Cardenal Mercier, o la epistemología histórica de Meyerson y Bachelard. Lejos de encerrarse en una escolástica medievalizante, Pemartín –como el Padre Zaragüeta– reactualizó el vitalismo bergsoniano frente a las corrientes positivistas y neokantianas. La posesión de recursos económicos propios, de índole familiar, y de un considerable capital político, hizo posible que Pemartín desarrollara su proyecto filosófico al margen de las instituciones académicas, de ahí también su independencia respecto al escolasticismo y la obsesión exegética que comenzó a primar en la filosofía universitaria española a partir de los años cincuenta. Esto explica también su libertad para guardar ciertas distancias respecto a la furibunda campaña antiorteguiana de esa época.

Pues bien, las herramientas que dotan a este trabajo de una imponente objetividad tienen una doble raíz. Por una parte, está el recurso a la sociología de la filosofía, principalmente a la practicada en la escuela sociológica de Pierre Bourdieu, pero también la que procede de Randall Collins y del estudio de las cadenas rituales de interacción. En segundo lugar, a la hora de analizar no tanto los productores como los productos, destaca la utilización de la historia conceptual de Quentin Skinner y de la escuela de Cambridge. Este instrumento, aplicado a la producción discursiva de Pemartín, permite emplazar sus argumentos y preferencias en el peculiar contexto histórico de formaciones como la Unión Patriótica o Acción Española. Se esquivo así el peligro del anacronismo, reconstruyendo un continente de redes conceptuales completamente distinto al que nos resulta familiar. Estos recursos metodológicos combinados con la sólida formación híbrida del autor, a la vez historiador de oficio y filósofo, dan como resultado una apasionante y amena incursión en el exótico paisaje habitado por las derechas españolas durante el último siglo. De este modo, la investigación de Álvaro Castro sobre José Pemartín continúa a gran nivel esa brillante estela de trabajos sobre el pensamiento reaccionario español abierta por Javier Herrero y proseguida entre otros por González Cuevas, Ismael Saz, Jorge Novella o José Luis Villacañas. Su interpretación, como el lector podrá constatar, trasciende el ámbito de la monografía especializada para convertirse en un excelente retrato de familia sobre las derechas de nuestro país, ofreciendo un atinado diagnóstico del *revival* autoritario que bulle bajo nuestros pies.

Francisco VÁZQUEZ GARCÍA



Nota del autor

Los orígenes de este libro se encuentran en la investigación que dio lugar a la tesis doctoral «Ontología de lo temporal y nacional-catolicismo en José Pemartín y Sanjuán (1888-1954). Genealogía de un pensador reaccionario», que fue defendida en la Facultad de Filosofía de la UNED en marzo de 2015. Sin embargo, este trabajo se ha centrado en la trayectoria política de José Pemartín y se ha eliminado parte del aparato crítico, modificado sustancialmente los epígrafes y ampliado sus contenidos añadiendo otros nuevos, tanto con nueva documentación de archivo como por su actualización bibliográfica.

Manuel Suances Marcos, José Luis Moreno Pestaña, Javier Zamora Bonilla y Antonio García-Santesmases dieron apoyo e hicieron consideraciones críticas importantes en diferentes momentos de la gestación de esta obra. Les estoy muy agradecido por ello, así como a Francisco Vázquez García, con cuyo consejo conté desde los inicios de la investigación y que además me honra con su Prólogo. También quiero dar las gracias a los jerezanos José Luis Fuentes y José Luis Jiménez, y también a Rafael Carrasco, por su ayuda con las fuentes y la documentación gráfica. Asimismo, agradezco a Rosa M.^a García Naranjo y Juan Jesús Sánchez las lecturas y comentarios sobre el manuscrito final.

Quiero destacar la amabilidad y profesionalidad del personal de todos los archivos y bibliotecas visitados, así como agradecer a José Marchena y al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz su amable disposición para que este libro vea la luz en la tierra de su protagonista.



Introducción

1 Pemartín como objeto de estudio

Admitir que a las derechas hay que reconocerles entidad propia empieza a ser un lugar común entre los historiadores, en el sentido de que al menos en las versiones de mayor eficacia histórica contaron, y cuentan, con una ideología, una agenda y unos proyectos de sociedad específicos que van más allá de una reacción contra el comunismo, el liberalismo progresista o la democracia participativa. Esto fue especialmente así en el caso del fascismo de entreguerras, pero también, en el del nacionalismo reaccionario español que fue mutando a lo largo del siglo xx, según los cambios de coyuntura, y que hoy día pervive bajo fórmulas neoconservadoras o de síndrome ultramontano en algunos sectores de la sociedad española.

De tal modo, entre las motivaciones que han llevado a componer este libro se encuentra la de contribuir a superar las interpretaciones historiográficas tradicionales de la contrarrevolución que llevaron a cabo las derechas más radicales configuradas tras la Gran Guerra, ayudando a pensar mejor una situación actual en la que los herederos de parte de aquellas viven un nuevo amanecer en Europa y EE.UU. Dichas interpretaciones han sido especialmente deudoras de las que se ocuparon del fenómeno fascista, las cuales pueden agruparse en una serie de enfoques condicionados a veces por la adscripción política de los historiadores. Así, la interpretación tradicional liberal entendió el fascismo como antiliberalismo, como un mal banal sin ideología, tal y como muestran las visiones del totalitarismo influidas por los análisis de Hannah Arendt (2013, 2006). Por su parte, la interpretación marxista o de «clases», que fue la primera en definirlo como movimiento totalitario en la Italia de los años veinte, ha tenido dos variantes. Una unió el nacimiento del fascismo a las clases medias y bajas, mientras que otra lo convirtió en un instrumento de la clase capitalista (Gentile, 2004a, pp. 82-84). En el primer caso el fascismo sería producto del descontento entre un amplio

espectro de la población, que abarcaría desde simples obreros o campesinos sufridos del paro o la crisis inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial, a profesionales liberales en vías de proletarización, tenderos, estudiantes, antiguos soldados, intelectuales sin posición y desclasados de todo tipo (Mann, 2006, pp. 14-33). A esta interpretación se le sumaron las teorías psicológicas que desde el freudomarxismo y la escuela de Frankfurt unieron el nacimiento de la personalidad autoritaria a las clases medias (Fromm & Horkheimer, 1978, pp. 177-198).

La otra variante de la interpretación marxista vino de la Tercera Internacional, que definió el fascismo como dictadura terrorista del Gran Capital, presentándolo como una reacción burguesa antisocialista. Esa idea del fascismo como «estado capitalista excepcional» defendió que este fue el recurso de fuerza de una burguesía que se enfrentaba a la clase trabajadora politizada. Esta perspectiva clásica de tipo materialista, que ha sido hegemónica en los movimientos sociales y la izquierda, sigue siendo imprescindible para explicar el surgimiento de los fascismos y, también, para interpretar la radicalización de la derecha española en tiempos de la Segunda República ante la conflictividad social y la fuerza del movimiento obrero. Incluso es útil para explicar los primeros conatos de un fascismo a la española como pudieron ser La Traza o el pistolero barcelonés durante el llamado Trienio Bolchevique (1918-1920), pero sigue ofreciendo una explicación parcial que por ejemplo olvida que en 1933 el 31 % de los miembros del NSDAP (Partido Nacional-Socialista Alemán) eran de clase obrera, y alrededor de un 21 %, empleados subalternos. O que buena parte de los jóvenes que se afiliaron a Falange en 1936 provenían de clases populares.

Cabe no olvidarse de que igualmente hay una interpretación socialdemócrata que considera el fascismo como fruto de una ilustración insuficiente, de una modernidad incompleta, y también hay teorías que lo presentan como un desarrollo específico del marxismo que tendría su origen en una izquierda no materialista, ideas que por ejemplo en Francia promovían Georges Sorel o Maurice Barrés y que en Italia dieron lugar a las propuestas corporativistas y de justicia social que caracterizaron a algunos fascistas de primera hornada.

Siendo perspectivas necesarias, lo que las explicaciones tradicionales del fascismo y del autoritarismo europeo de entreguerras tienen en común es que le han quitado la carga ideológica a un fenómeno político que movilizó a millones de personas en su favor y lo han presentado en sentido puramente negativo, es decir, como «antialgo». Frente a ellas, que poco contemplaron la historia social y no atendieron a las creencias que los fascismos supieron movilizar, una tradición historiográfica que comienza en los años sesenta con los trabajos de George L. Mosse y Ernst Nolte subrayó la necesidad de analizar y comprender los componentes simbólicos, filosóficos o ideológicos que presentaron. Y eso tendrá que hacerse a

través de un mejor conocimiento tanto de los intelectuales que los promovieron como de sus circunstancias locales.

Por ejemplo, para Nolte, el origen del fascismo se situaba en una resistencia a la modernidad surgida desde su propio interior cuando aquella derivó en una revolución materialista, y a la que había que enfrentarle una contrarrevolución conservadora o antimaterialista, como defendería, por ejemplo, el discurso de Charles Maurras en Francia (Nolte, 1967, pp. 493-506) y que en España difundió un colaborador y amigo de José Pemartín, Eugenio Vegas Latapié. Así, Zeev Sternhell ha subrayado la idea del origen del fascismo en el antimaterialismo de izquierdas que, unido al discurso nacionalista que se enciende con la IGM, daría lugar a lo que Enrico Corradini en Italia denominó «nacional-socialismo» (Sternhell, 1994). Por su parte, Robert O. Paxton lo define como «una forma de conducta política caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad, su humillación o victimización y por cultos compensatorios de unidad, energía y pureza» (Paxton, 2005, p. 255). Pero esa idea de decadencia, que se quería resuelta por la vía de la integración nacional y el reforzamiento del Estado, es también una de las claves para entender el papel del nacional-catolicismo en la nueva derecha española surgida a partir del agotamiento del maurismo, y que difícilmente puede asemejarse al fascismo.

De especial interés para nuestro estudio es el análisis de Roger Griffin en *Modernism and fascism* (2010). Este investigador caracteriza al fascismo de modo positivo, como una clase de ideología política cuyo núcleo sería el ultranacionalismo populista y *palingenésico*. Tratando de salvar las acusaciones de culturalismo y esencialismo, en medio de un problema propio de epistemología de las ciencias sociales, planteó un nuevo consenso para los historiadores reconociendo que: hay un sujeto histórico fascista, que este tuvo unas ideas propias y, que estas se basaron mayormente en un tipo de pensamiento mítico y premoderno, el cual se utilizó para defender un movimiento ultranacionalista cuyas referencias fueron la comunidad y la apelación a la violencia como vía legítima de regeneración política y social (Griffin, 2012, pp. 111-154). Pero dicho recurso palingenésico tanto en Europa como en España presentó muchas caras y no fue una exclusiva fascista. Pues la idealización de un pasado concreto, la rebelión contra el positivismo y el mecanicismo, la consideración de la democracia como sistema corrupto y antinatural, la lucha por subordinar la ciencia a un dogma, etc., eran preocupaciones que el fascismo compartía con pensadores reaccionarios del orbe nacional-católico como José Pemartín y Sanjuán (1888-1954).

Señorito andaluz perteneciente a una familia de bodegueros jerezanos, Pemartín fue uno de los agentes de la extrema derecha más activos entre los años que transcurrieron desde el giro fascistizante de la dictadura de Miguel Primo de Rivera hasta los comienzos del aperturismo en el régimen franquista. Su trayectoria

como pensador e ideólogo se empezó a desarrollar en la segunda mitad de los años 1920, cuando se convirtió en uno de los principales actualizadores del discurso nacional-católico (Quiroga, 2007; 2000, pp. 197-224), el cual siguió elaborando durante la Segunda República y modificando después. La reconfiguración del campo filosófico tras la Guerra Civil española, en la que tuvo un papel central al ocupar un alto cargo en el Ministerio de Educación Nacional (Canales, 2012, pp. 65-84), le dio la oportunidad de estar en los foros más importantes de la red oficial de la filosofía permitida bajo el franquismo y en congresos internacionales, además de controlar resortes importantes de los colegios privados y la universidad. Esto fue algo que tras su dimisión en el ministerio en 1942 combinó con su oposición clandestina a la permanencia de Franco en la jefatura del Estado.

Su producción escrita estuvo marcada por la política y cargada de mitemas propios de la derecha nacional-católica. Se dirigió especialmente a la defensa del tradicionalismo frente a las aspiraciones democráticas, parlamentarias o socialistas de la sociedad española, así como a los aspectos laicizantes del fascismo importado desde Italia y Alemania. La línea política de su pensamiento culminó en plena Guerra Civil con la defensa de un «fascismo católico» que unió la tradición del pensamiento reaccionario español con algunos desarrollos del fascismo representado por Falange y que se concretó en su libro *Qué es «lo nuevo»* (1937), elaborado e impreso en dos ocasiones durante la contienda. Concebido desde el seno del grupo Acción Española, al que perteneció durante los años republicanos, el libro fue considerado por el *Spanish Information Bureau* de Nueva York como el «Mein Kampf de Franco» (Claret, 2006, p. 46) o por José Luis López-Aranguren como lo más vaticinador que se escribió en aquel momento (López-Aranguren, 1996, p. 362). Pero la subordinación ideológica no restará, como se tratará de mostrar en este trabajo, cierto interés o riqueza en su producción filosófica. La argamasa de su actividad teórica fue una ontología del tiempo influida por el filósofo francés Henri Bergson y por la filosofía de la ciencia, especialmente la de tradición gala, trabajando cuestiones interesantes en el campo filosófico español de la posguerra, el cual no fue un mero páramo cultural.

Una línea de su actividad filosófica la constituyó una constante ofensiva frente al positivismo, la cual hay que situar dentro del marco de una guerra abierta contra la modernidad entendida esta como herencia cartesiana e ilustrada, sumándose así al asalto a la razón que desde primeros de siglo habían emprendido la mayor parte de las derechas europeas. Este lo realizó usando algunas estrategias bien asentadas desde la neoescolástica de entonces, así como apropiándose de algunos temas de la obra de José Ortega y Gasset y de corrientes filosóficas europeas, como el señalado bergsonismo, la fenomenología o la epistemología histórica de Gastón Bachelard (Vázquez, 2013, pp. 303-327). Como otros tantos, defendió la necesidad de una fundamentación ontológica de la ciencia desde bases aristoté-

lico-tomistas, para lo cual también acudió al análisis de los problemas filosóficos presentados por los desarrollos científicos que le eran coetáneos (Castro, 2013b, pp. 133-152). Esto se concretó en su libro *Introducción a una filosofía de lo temporal*, escrito en 1936, y en numerosos artículos publicados durante la posguerra y comienzos de los 1950 en *Revista de Filosofía*, *Arbor* o en actas de congresos, así como en sus intervenciones en la Sociedad Española de Filosofía en torno a 1950-1952. Su capital político y su condición de señorito andaluz, que no aspiró a una cátedra de Filosofía en la universidad franquista, le dotaba de la autonomía creativa necesaria como para recorrer intelectualmente los lindes de lo permitido por los graves condicionantes que imponía la dictadura.

El punto de partida de su posición era una consideración dinámica de la realidad y la necesidad de superar las ontologías estáticas o idealistas, buscando en la temporalidad una salida hacia la trascendencia y la justificación de la intervención divina en los asuntos de la historia, a la vez que en términos salvíficos trató de rescatar a la persona de la deshumanización y el cientifismo modernos. De tal modo, en su ontología del tiempo se fundaba una política de la religión.¹ De profunda religiosidad católica, a Pemartín siempre le acompañó una fuerte preocupación por la educación, tanto la escolar como la familiar y ciudadana. Publicó y conferenció mucho al respecto en círculos propios de la derecha católica y ocupó puestos importantes en las instituciones educativas de la etapa autárquica del franquismo, defendiendo como prioritaria la educación religiosa junto a la primacía de los saberes humanísticos y filosóficos frente a los conocimientos técnicos o meramente científicos, mostrando a su vez un importante desapego hacia el «maquinismo» y la vida urbana. Esto se concretó en su libro *Formación clásica y formación romántica. Ideas sobre la enseñanza*, publicado por Espasa-Calpe en 1942. La cuestión no se puede desligar del hecho de que la enseñanza de la Filosofía y las Humanidades, sobre todo el Latín, encontrasen en España un lugar privilegiado en el Bachillerato a partir de la Ley de 1938, que él contribuyó a elaborar y poner en marcha (Castro, 2014b, pp. 218-241). Ya, por último, tuvo siempre una especial sensibilidad hacia el mundo literario, siendo especialista en literatura contemporánea francesa. Ganó una cátedra de Francés en 1934 en la Escuela Profesional de Comercio de Cádiz y llegó a publicar una monografía sobre la novela gala, dedicando algunos de sus textos, sobre todo tardíos, al comentario estético de novedades literarias europeas y americanas.

Para Pemartín, la vuelta al viejo mundo se apoyaba en la representación de una España de los Austrias convertida en mito regenerador, formulando la idea de Hispanidad en sentido reaccionario en colaboración con Zacarías de Vizcarra

1 Sobre la idea de una sacralización de la política y de una política de la religión véase Gentile (2001; 2004b, pp. 57-68).

o Ramiro de Maeztu. Esa visión de la historia española era la que quería compartir con su grupo social, esto es, el de una aristocracia andaluza que había hecho del catolicismo su seña de identidad y que mantenía un fuerte sentimiento de casta superior. Acostumbrada a mandar despóticamente en el espacio rural andaluz, esta andaba asustada frente a una modernidad en ciernes, con todas las implicaciones sociales, políticas y económicas que conllevaba, porque dicha modernidad sacudía su concepción del orden y su visión del mundo, no solamente su posición económica. Desde ese punto de vista, las disposiciones adquiridas socialmente dentro de dicho grupo en una de las capitales de los señoritos del sur, como fue Jerez de la Frontera, condicionaron sus esquemas cognitivos, y con ello, su trayectoria filosófica.

Así, algunos de los elementos descritos por Griffin se verán presentes en el pensamiento pemartiniano no solamente porque las circunstancias le llevaron a fascistizarlo en algunos momentos clave de la lucha política. Pues si hay que situar su trayectoria general en una tradición, esta no se inscribe tanto en la rama del fascismo como en la del nacionalismo reaccionario europeo. Si hoy día hay dos líneas de la extrema derecha europea, una «contra» la democracia, y otra, «en» la democracia, no se puede olvidar esa diversificación. Como ha señalado Ismael Saz, al quedar velada por el debate historiográfico acerca de la naturaleza del fascismo y haberse estudiado normalmente de modo individualizado, la cuestión del nacionalismo reaccionario europeo, en el que se inscribe el nacional-catolicismo —que no solamente hubo en España, sino también en Portugal o Polonia— necesita de su propio debate y análisis riguroso. El nacionalismo reaccionario responde también a una cultura política específica y conforma un «complejo ideológico tan transnacional como el fascismo, y con efectos históricos tan importantes» como el mismo (Saz, 2012, pp. 155-156). Se está así ante dos sujetos político-ideológicos distintos que, si bien tienen elementos y momentos de proximidad, viéndose obligados a aliarse en el terreno de la lucha social y política, pugnaron por la hegemonía en el campo de la derecha hasta 1945. En Italia dicho nacionalismo estuvo representado por la *Associazione Italiana Nazionalista*, en Francia por *L'Action Française*, en Portugal por *Integralismo Lusitano* y en España, el grupo que durante la Segunda República mejor lo representaría fue el congregado en torno a la revista *Acción Española*, que dirigió Ramiro de Maeztu y de la que Pemartín se hizo cargo durante la Guerra Civil. Años después el jerezano sería uno de los principales nexos entre el grupo que la conformó y la fracción de la derecha española que comandaron Rafael Calvo Serer o después Gonzalo Fernández de la Mora a partir de los 1950, como se verá en el último capítulo. El primero, conectado con Friedrich von Hayeck, vertebró intelectualmente el viraje del tradicionalismo español hacia el liberalismo conservador en los tiempos de la industrialización franquista. El segundo, ya en los sesenta, proclamó el fin

de las ideologías y fue uno de los fundadores de Alianza Popular. Es de este modo que, reconstruyendo la trayectoria de Pemartín, se avistará parte del ADN del neoconservadurismo que hoy día ocupa gobiernos e instituciones europeas. Pues ninguna derecha se hubiese desarrollado sin sus militantes ni sus autores menores –pero de gran influencia local y según qué espacios–. Y para comprender a uno de sus elaboradores intelectuales, tal y como fue el jerezano, que buscó la alianza entre el pensamiento reaccionario español y el fascismo europeo, hay que integrar o unir a los planteamientos materialistas el análisis del polo ideológico y simbólico sirviéndose de un ecléctico método de estudio. Eso permitirá entender leer mejor el genotipo de la derecha española a través de un ejercicio de microhistoria intelectual, tal y como aquí se presenta.

2 Método

Más allá de los debates en torno a su olvido o su recuerdo, lo acontecido con la Guerra Civil española y el franquismo hay que situarlo bajo la perspectiva de una historia larga que explore sus causas de largo alcance y de una historia ancha que la inserte en lo que ocurría en el ámbito internacional. De paso, además de obtener un conocimiento más reflexivo, se contribuye a la liberación de la historia española de tener que satisfacer prejuicios ideológicos. Porque el tópico cainita de las «dos Españas» no puede tener la relevancia explicativa que se le sigue dando –por lo que tampoco se puede proyectar para entender lo que ocurre en el campo intelectual o cultural– si, en lugar de dejarse llevar por preconceptos incorporados, la investigación baja su escala de observación a la vida cotidiana o se interesa por establecer empíricamente las relaciones entre las trayectorias vitales e intelectuales con los cambios en los campos sociales donde estas se desarrollan. Pero, por otro lado, todo ejercicio de reconstrucción microhistórica solo cobra sentido, como enseñó Carlo Ginzburg, si interconecta una trayectoria o acontecimiento particular con el nivel macro de las estructuras sociales y mentales. Así, la radicalización de las derechas o la victoria del fascismo también deben estudiarse en un marco amplio que conecte el acontecimiento local con la historia de la racionalidad y sus crisis desde finales del siglo XIX, en el sentido de que el «giro autoritario» –donde se incluiría el caso soviético, tema que dejamos de lado– de la Europa de entreguerras tuvo mucho de reacción ante una modernidad que algunos percibieron tanto como peligro, como decadencia. De hecho, así lo entendieron algunos filósofos españoles que lo sufrieron directamente ligando el fascismo al proceso de secularización de la razón moderna. Si Ortega y Gasset ya lo relacionó en los años veinte con la irrupción de la moderna sociedad de masas, durante la Segunda República Eugenio Ímaz lo identificó con una absorción de la religión desde la política. María Zambrano, por su parte, identificó al Idealismo y su defensa de una razón incondicionada como antecedente del fascismo. Este

respondería a un estado de adolescencia permanente que elude una experiencia auténtica de la realidad. De tal modo, para la malagueña el fascismo sería la expresión más brutal de la «enemistad con la vida» del racionalismo, traducida en un «aferramiento violento al enmascaramiento idealista de la realidad» sirviéndose de una retórica hueca (Sánchez, 2009, pp. 201-216). Para Zambrano, coincidiendo con Ímaz, la disolución de lo divino por el idealismo y el nihilismo –dos caras de una misma moneda– trajo consigo un retorno brutal de lo sagrado (Zambrano, 1998).

Son los recientes estudios sobre el fascismo los que han insistido en las relaciones entre este y el modernismo, entendido como reacción frente a la modernidad, poniendo de relieve la fecundidad del estudio de la fundamentación filosófica de sus manifestaciones. Lo mismo cabe decir de la cultura política a la que contribuyó Pemartín. Por su parte, desde la Historia Social y Cultural de la Guerra Civil y la Posguerra españolas se están estudiando cuáles fueron las lógicas, móviles o intenciones que llevaron a una buena parte de la población a convertirse en agentes activos del autodesignado «Movimiento Nacional» desde el análisis de sus construcciones simbólicas, la eficacia propagandística o la legitimación teórica del «alzamiento» del 18 de julio de 1936. También es importante para profundizar en su análisis, rastrear los fundamentos filosóficos de dichas estrategias y legitimaciones ideológicas destinadas a solidificar lealtades tras el golpe militar de aquel día.

A ese viraje historiográfico hacia los estudios culturales del fascismo le ha acompañado un serio debate conceptual. Por ello cabe señalar que del mismo modo que los términos «derecha» o «fascismo» no significan lo mismo ahora que en el contexto que estudiamos, definir el nacionalismo reaccionario o el fascismo como conceptos genéricos que deban de corresponderse con unos determinados hechos empíricos ha sido en este trabajo un problema que se ha descartado dada las dificultades de la empresa, por lo que cuando se hable de ellos normalmente se hará en un sentido práctico encaminado a despejar las diversas indagaciones. Parecidos problemas se presentan cuando se pretende hacer del fascismo un concepto transhistórico apto para interpretar el auge de la extrema derecha en la actualidad y del que se abusa permanentemente (Traverso, 2016). ¿Cuáles son dichas dificultades? Si Pierre Bourdieu advertía de que a veces el marco teórico es más rígido que el objeto que se estudia, de modo que se pone más rigor en el discurso sobre el objeto –fruto de un campo de producción académica, muy preocupado, dicho sea de paso, por las fronteras entre disciplinas– que en el estudio del objeto mismo (Bourdieu, 2014, p. 130), Jean Claude Passeron señaló que, desde un punto de vista epistemológico, es muy complicado aprehender las interacciones sociales mediante categorizaciones «genéricas». Porque si el trabajo científico impone la utilización de un lenguaje ideal-típico que debe indexar sus

aserciones más generales sobre series de «casos singulares», estos siempre son tales. En las ciencias sociales no hay un «lenguaje artificial» completo capaz de traducir la «lengua natural» con la que se desarrolla la historia. Si en los científicos sociales opera de continuo lo que Max Weber llamó «coacción de razonamiento», que se da cuando se trata de pasar a concepto la singularidad de toda configuración histórica, eso conlleva los peligros de desatender los detalles (Passeron, 2011, p. 100). Y puede ser que el trabajo del detalle sea el principal oficio del historiador. Por eso, desde el punto de vista de la generación de conocimiento crítico quizás sea más productivo el análisis del proceso de radicalización o simplemente de mutación ideológica de las derechas españolas que partir de un concepto genérico con el que compararlas. Dicho esto, dentro de la órbita de la extrema derecha monárquica en la que siempre se movió, Pemartín fue uno de sus miembros más abiertos al fascismo y una de las figuras que mejor representan el proceso de fascistización de la derecha antirrepublicana atrincherada en el grupo-revista *Acción Española* (Gallego, 2014, p. 499).

Para elaborar el trabajo de reconstrucción de su trayectoria, que hasta ahora estaba por hacer de un modo más completo, se ha elegido una perspectiva socio-genética que atiende a la realidad relacional y procesal de todo sujeto, utilizando una metodología puesta en función del momento o asunto que se estudia. El eje cronológico en el que se enmarca la vida del jerezano posibilita un encuadre histórico muy ajustado que permite dividir el trabajo en etapas diferenciadas: la de su formación, que además reconstruye su herencia y socialización en el marco de la aristocracia rural andaluza (1902-1926) –capítulo 1–; la de los comienzos de su actividad hasta la consagración en el subcampo intelectual de la derecha española (1926-1931) –capítulos 1 y 2–; su militancia antidemocrática y la etapa de colaboración en *Acción Española* durante la Segunda República (1931-1936) –capítulo 3–; su papel como teórico en la Guerra Civil (1936-1939) –capítulo 4–; su trayectoria en el Ministerio de Educación de los primeros gobiernos de Franco, así como la actividad filosófica y política durante la posguerra y hasta su muerte en 1954 –capítulo 5–, justo cuando comienzan una serie de cambios decisivos en la vida del Régimen y la derecha tradicional española vive importantes modulaciones ideológicas –capítulo 6–.

Durante la fase de trabajo biográfico se encontraron pocas fuentes secundarias y se tuvo que ir realizando desde cero buscando en archivos de distinto nivel –desde el Archivo Histórico Nacional y el Archivo General de la Administración a archivos municipales como el de Jerez de la Frontera o privados, como el de Pedro Sainz Rodríguez y fondos personales del Archivo General de la Universidad de Navarra–, así como en hemerotecas –especialmente valiosa la del diario *ABC*, en cuyos ecos de sociedad fue recurrente dar cuenta de los Pemartín–. Una de las primeras prevenciones respecto a esta tarea fue que el resultado del trabajo

no podía ser una mera biografía intelectual —aunque se pudiese entresacar del mismo—. Teniendo esto en cuenta, se ha cuidado de caer en una serie de errores que podían llevar a extraviar el objeto de estudio. Uno de ellos es el «exceso de sentido y coherencia» al que puede conducir todo trabajo de narración biográfica. El hecho de que se imponga la necesidad de un relato coherente desde el punto de vista de la exigencia literaria, así como el propio afán por hallar un dato nuevo, puede provocar que el historiador se deje fascinar por diferentes poderes de sugestión cuando se encuentra con informaciones acerca del biografiado, de modo que su trabajo se puede convertir en un «proyecto utópico de exhaustividad que funda su impresión de comprender en la ilusión de inmediatez», donde todo «parece pertinente porque todo es sentido como metonímico». Es decir, el biógrafo corre el peligro de que todo dato deba de tener obligatoriamente sentido respecto al conjunto, de modo que toda referencia minúscula —una pelea en un local sevillano, una cena con el duque de Alba en Sanlúcar o una ponencia filosófica en Neuchatel— se convierte en un «detalle sinecdótico», en «elemento funcional» del relato, que se deshistoriza y se pone al servicio del sentido de una narración general. Esto conlleva el error de la pan-pertinencia de todos los datos, los cuales se piensan ilusamente como descriptibles y encajables en una narración coherente (Passeron, 2011, pp. 283-286). Se trata de un riesgo literario que puede liquidar el trabajo histórico o sociológico de interpretación críticos. Por eso, los datos seleccionados para este texto son aquellos que, una vez cruzados, aportan relevancia explicativa respecto a la trayectoria personal e intelectual del protagonista.

Respecto al análisis de los textos, Michel Foucault nos enseñó que todo discurso solamente se puede definir como obra individual en función de un sistema regulado de diferencias y dispersiones que actúa como su campo de posibilidades estratégicas —que llamó *Episteme*—, pero prescindió de un análisis materialista concreto de la producción del mismo, reclusando el sentido de los textos en la intertextualidad, es decir, en las relaciones entre discursos. Ese plano del comentario se ha practicado aquí en apartados del trabajo, poniendo de relieve la lógica interna de los mismos e interpretándolos con la mayor empatía que ha sido posible. Pero un problema metodológico reside en que mientras que Foucault obviaba el espacio social en el espacio de posibilidades del discurso, el marxismo algunas veces redujo el texto a aquel (Bourdieu 1997, pp. 55-60). Así que para intentar comprender de modo coherente la obra de Pemartín hay que comprender también la visión del mundo del grupo social al que perteneció como condición necesaria de producción de sus escritos, aunque no operase como condición suficiente. Esta era producto, como todas, de un proceso de socialización, el cual, por lo tanto, también hay que reconstruir.

Efectivamente, una parte de este trabajo se puede entender como una historia del discurso filosófico puesto en función de la lucha política desempeñada por

el sector de la derecha en el que militó Pemartín. Y, por lo tanto, ha tenido que hacerse especial hincapié en una dimensión fundamental de aquella: la historia de las apropiaciones de los filosofemas para armar un discurso político determinado. Respecto a estas, se indicarán cuáles son sus límites y sus formas, tratando de identificar qué individuos, grupos o clases tenían acceso a un determinado lenguaje y estaban en condiciones de descifrarlo, la relación institucionalizada entre el que lo pronuncia y el que lo recibe, las luchas por la recepción y apropiación de corrientes de pensamiento, etc., porque toda apropiación, en tanto que modo de importación, se da siempre en un contexto de descontextualización y recontextualización. En ese sentido, Roger Chartier ha insistido en que el discurso debe verse insertado en la trayectoria o contexto histórico en el que se da, para entre otras cosas, poder medir las distancias entre representación y realidad (Chartier, 1992, pp. 52-53).

Por todo lo dicho, han sido imprescindibles las aportaciones de la Sociología de los intelectuales de Bourdieu –de quien también se ha tomado la idea de «historia genética» señalada en el título (Bourdieu, 2014, pp. 131-135), si bien en un sentido muy libre– y su escuela, trasladada a España especialmente por el grupo de Sociología de la Filosofía que desde la Universidad de Cádiz han dirigido Francisco Vázquez García y José Luis Moreno Pestaña. El sociólogo francés señaló, en su paradigmática obra sobre la ontología política del filósofo Martin Heidegger, que los elementos clave de un texto se deben de buscar también en el «afuera» del mismo, en las condiciones sociales, intelectuales o materiales que lo hacen posible. En consecuencia, hay que hacer una lectura histórica de las obras filosóficas y reconstruir de continuo el campo intelectual y de poder en el que se mueve el autor, así como su posición en el espacio social. Por lo tanto, el marco teórico que aquí se establece aborda el objeto de estudio en tres dimensiones articuladas entre sí pero también relativamente independientes, pues no deben de sincronizarse: la dimensión intelectual, la social y la personal. De modo que frente a las alternativas de abordar la historia del fascismo o del nacionalismo reaccionario europeos desde un polo ideológico o un polo materialista, este trabajo insiste en el primero, pero también para mostrar que no se puede prescindir del segundo. Elaborado bajo lo que Ferdinand Braudel llamó «campos cruzados», se reivindica así la fecundidad de hibridar filosofía y ciencias sociales y se espera que el resultado sea de interés, cuanto menos porque la historia que se narra tiene aún importantes efectos sobre nuestro presente.

